

Marsella en el imaginario político-diplomático romano

Elena TORREGARAY PAGOLA
Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea

Es un lugar común entre los historiadores que se han dedicado al estudio de Marsella en época romana, la afirmación de que, a pesar de la innegable influencia de la ciudad durante todo este período, las fuentes que conservamos sobre ella tienen un carácter desigual en cuanto a cronología, valor y aportaciones a la reconstrucción histórica. Todo esto viene a suponer que conocemos bastantes cosas sobre la Marsella de época republicana, relativamente pocas sobre la Marsella de época imperial y, de nuevo, crece el número de informaciones a partir de la Antigüedad Tardía. Por lo tanto, en principio, se aprecia una desigualdad en el interés que los historiadores clásicos dedicaron a la ciudad¹. Y esto nos lleva nuevamente a resaltar una cuestión referida a las fuentes literarias que, aunque es suficientemente sabida, no por ello es menos necesario recordar y es el hecho de que dichas fuentes suelen narrar cuestiones o acontecimientos excepcionales, memorables en el concepto de la cultura grecorromana, que son fundamentalmente de carácter militar, político o diplomático.

Una segunda evidencia clara es que conocemos la historia de Marsella desde las necesidades de Roma, es decir, desde la historia de Roma, y en ese sentido nuestras fuentes, en gran medida, lo que nos aportan son una imagen de la ciudad, la imagen de Marsella que conviene al entramado romano, primero republicano, después imperial y finalmente tardoantiguo. Es en ese sentido que la historia de Marsella está fuertemente condicionada por las necesidades romanas y que su papel histórico es, en muchos casos, el que Roma le asigna².

Hay que tener en cuenta también la cronología de las fuentes literarias a nuestra disposición puesto que, por lo que se refiere al período romano, los primeros datos historiográficos son del siglo III a.C., aunque el grueso de la información pertenece a la época augústea, en la que destacan las aportaciones de Estrabón (IV, 1, 5) y Trogo (Justino 43, 3-5) Pompeyo ; y en general, al conjunto de la época imperial. Además, muchos de los testimonios proceden de la Antigüedad Tardía.

La cronología real de las fuentes, aunque la mayor parte de los autores citan obras anteriores, entra en contradicción, de alguna manera, con la datación de sus relatos, puesto que muchos de estos textos hablan de la Marsella republicana, de entre los siglos III-I a.C., con lo cual, se trata de escritores que reelaboran de alguna manera el pasado de la ciudad, es decir, que no son contemporáneas de los hechos que narran. De este modo, podemos afirmar que las fuentes literarias promueven, en cierta forma, la elaboración de una determinada imagen de la ciudad, esencialmente ligada a su participación e importancia en la historia de la Roma republicana.

Si a ello añadimos el hecho de que, atendiendo a los datos, nos encontramos con que, a partir de época imperial, esas mismas fuentes literarias proporcionan escasos datos sobre el desarrollo histórico de la ciudad y es, en cambio, la epigrafía la que toma protagonismo para poder componer un retrato histórico de Marsella bajo la administración romana, centrada en aspectos administrativos, económicos y culturales, parece evidente que la naturaleza de dichas fuentes condiciona en un alto grado la forma en la que puede estudiarse la Marsella de época

*MINECO HAR2013-42615-P. Una versión previa de este trabajo ha sido publicada en la *Miscelánea de estudios en honor a Guillermo Fatás Cabeza*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza 2014, 683-692.

¹ C. GUYOT-ROUGEMONT, G. ROUGEMONT, 1992, p. 45-50.

² M. CLERC, 1971.

romana. Con respecto a la arqueología, como otra de las fuentes imprescindibles para el historiador de la antigüedad, hay que señalar que su importancia se ha centrado, por un lado, en el puerto que define la topografía de la ciudad y, por otro, en la reconstrucción de Marsella, fundamentalmente, en época imperial³.

Por todo ello, estamos en posición de afirmar que desde el punto de vista de las fuentes en su conjunto, por lo que se refiere a la Marsella de época romana pueden distinguirse claramente tres períodos históricos en el devenir de la ciudad, que se acompasan y son acordes con los propios ritmos en los que, en términos generales, se establece académicamente la propia historia romana

- La historia de Marsella durante la época republicana, en la que la ciudad se ve involucrada directamente, en primer lugar, durante todo el siglo II a.C., en las guerras de conquista de Roma ligadas a la expansión mediterránea ; y, en segundo lugar, en el siglo I a.C. en las guerras civiles, en las que se dirimía el cambio del sistema político romano de la República al Principado.
- La historia de Marsella durante la época imperial, que se va a centrar, una vez acabados los conflictos externos e internos, geográficamente relacionados con la ciudad, fundamentalmente, en los aspectos de gestión de la comunidad, administrativos, religiosos, etc... y que va a suponer un período no conflictivo para Marsella desde el punto de vista político.
- La historia de Marsella durante la Antigüedad Tardía, en la que la ciudad vuelve a recuperar protagonismo con respecto a la historia romana, ya que se sitúa nuevamente en un escenario de conflicto, ligado a las convulsiones tardorromanas.

A pesar de todo, resulta prácticamente imposible resumir en estas pocas páginas toda la historia de la Marsella romana y tampoco es esa mi intención, por eso y porque escribo estas páginas para las actas del Congreso de la APLAES de 2013, creo que puedo centrarme en la imagen que las fuentes antiguas proyectaron sobre la Marsella romana, que es como he dicho antes, no tanto la ciudad histórica sino la Marsella que cumple las necesidades de Roma y que, por lo tanto, se adapta a las exigencias tanto de la República, como del Principado, como del período tardorromano. En cualquier caso, de forma general, he de decir que la Marsella romana es, sobre todo, una historia de su posición ante los conflictos de Roma. Algo que, por otra parte, no afecta en exclusiva al caso de Marsella y que puede decirse también del resto de pueblos, ciudades y comunidades cívicas que entraron en relación con Roma a partir del siglo III a.C.

Marsella durante la época republicana

La imagen que tenemos sobre la Marsella de época republicana, a partir fundamentalmente, de las fuentes literarias, gira en torno a tres acontecimientos principales : las guerras púnicas entre los siglos III-II a.C. ; las guerras contra ligures y salios, también en el siglo II a.C. y el famoso sitio de la ciudad acometido por Julio César en el 49 a.C. En realidad, la primera y la última fueron las realmente decisivas para la construcción de la representación de Marsella, en el sentido de que al ser consideradas como guerras “refundacionales” para Roma, su impacto en el imaginario político-cultural fue mayor⁴.

A partir de esos tres grandes hechos y principalmente del primero, que supone un renacimiento de la comunidad romana, la imagen de Marsella será definida por su actitud hacia Roma durante dichas guerras⁵. Una actitud que es, en líneas generales, positiva, tal y como lo

³ M. BATS, 1990, p. 80-83 ; A. HESNARD, M. PASQUALINI, 1993, p. 32-33.

⁴ G. NENCI, 1958, p. 24-97.

⁵ R. BUONO-CORE, 1991, p. 23-33.

señalan las numerosas embajadas enviadas por la ciudad al Senado durante toda la etapa republicana y que van a cimentar la naturaleza de las relaciones entre ambas ciudades, que se basarán, como era habitual en la *societas*, en la *fides*. La idea de la fidelidad, considerando los servicios que la ciudad presta como aliada, es primordial en el discurso romano sobre Marsella. Hay que decir, sin embargo, que no estamos ante un rasgo exclusivo que afecta a dicha ciudad, ya que es un elemento común de la mayor parte de las comunidades que se relacionan con los romanos. No es cuestión, únicamente, de un tópico literario, sino de la forma en la que los romanos clasifican a quienes entran en contacto con ellos, o bien como amigos y aliados, en cuyo caso pasan a formar parte de la alianza romana ; o bien como enemigos, situación en la que son rechazados incluso físicamente, puesto que no se les permite la entrada a Roma y son, o bien expulsados de ella o confinados a la *Villa Publica*. Se trataría, por lo tanto, de establecer las relaciones con los demás a través de una cultura diplomática específica como es la romana y que funciona en términos de inclusión o exclusión.

Una vez que la comunidad, en este caso Marsella, es catalogada como amiga y aliada se establece un diálogo preciso entre los representantes de la ciudad y los de Roma, en el que cada uno cumple un papel determinado y recurre a un lenguaje preciso. Es un protocolo diplomático, en el que cada cual se reconoce y se autorrepresenta de una manera concreta. En cierto modo, forma parte de lo que podríamos definir como un “discurso” o un lenguaje de alianza, que es típico de la diplomacia romana que gira, de forma habitual, en torno a la cuestión de la *amicitia*. Nuestras fuentes, que describen de forma más o menos minuciosa las relaciones de los romanos, tienden a definir las a través del argumentario tradicional de la diplomacia romana, aunque veremos cómo, en algunos casos, que suelen estar conectados con comunidades de origen y tradición griegas, pueden apreciarse rasgos de una cultura diplomática específica diferente de la romana. Así sucederá también en el caso de Marsella⁶. En ese tipo de discurso de alianza llevado a cabo entre Roma y determinadas comunidades cívicas, vemos cómo cada una cumple su función.

Por parte de Marsella, si consideramos las *legationes* o embajadas enviadas por los marselleses a Roma durante todo el período republicano vemos que los temas que se abordan son de varios tipos : el ofrecimiento de información sobre los acontecimientos que suceden en la ciudad y que pueden ser del interés de los romanos. En segundo lugar, estaría la aportación de ayuda bien económica, bien militar en momentos de conflicto abierto. En tercer lugar, vemos a Marsella asumir el rol de intermediación, no muy habitual en la cultura diplomática romana, pero si extendido en todo el mundo griego y helenístico y muy utilizado entre comunidades cívicas de este origen, tal y como lo podemos comprobar a lo largo de la obra de Tito Livio. Y en cuarto y último lugar, el principal interés de la ciudad de Marsella en solicitar la ayuda de los romanos en sus conflictos bien con otras potencias mediterráneas como Cartago, bien con comunidades de su alrededor con las que mantiene relaciones más o menos agresivas⁷.

En ese tipo de peticiones de ayuda, el protocolo exige un discurso ante el Senado, en el que los representantes de la ciudad de Marsella piden ayuda invocando, por un lado, las relaciones de alianza con los romanos, a las que se buscan antecedentes históricos para justificar su vigencia; y, por otro, los tratados o acuerdos que vinculan a la comunidad con Roma. De esta manera, la historiografía actual tiende a conformar la imagen de una Marsella *fidelis*, basada en el hecho de que el grueso de la información que conservamos se refiera a esa alianza sostenida con Roma y al recuerdo de los servicios prestados por la ciudad. Pero al mismo tiempo, proviene de la propia naturaleza de las fuentes, en el sentido de que la relación de la mayor parte de las ciudades, sobre todo, o de los pueblos o de las comunidades cívicas con

⁶ F. CANALI DE ROSSI, 1997, p. 236.

⁷ E. TORREGARAY, 2011, p. 15-20.

Roma, pasaba por un recuerdo constante de su historia. Y en esa historia su principal activo es casi siempre el recuerdo de su fidelidad⁸.

La idea de la *fides* demostrada por los marselleses viene acreditada por un número estimable de embajadas enviadas a Roma, sobre todo en época republicana, pero que también lo serán en época imperial y que, de alguna manera, dan prueba de la continuidad de la argumentación en la relación entre ambas ciudades. Hay que señalar que, si bien los términos generales pertenecen a los tópicos del discurso diplomático romano en el que los marselleses deben encuadrarse, no por ello dejamos de encontrar rasgos de una cultura diplomática diferente, la griega, que aparece reflejada parcialmente en las fuentes con referencia a Marsella. Por ejemplo, algunos de los términos del discurso diplomático de los marselleses aparecen claramente descritos en el decreto que los lampsacenos, a comienzos del siglo II a.C. hicieron grabar en piedra sobre el papel jugado por Marsella como intermediaria ante Roma⁹. En este interesantísimo texto vemos cómo se insiste en la fidelidad de Marsella y en su constancia, a la vez que se recuerda la *amicitia* que les une a los romanos. Y, lo más destacado es que se apela a la llamada diplomacia del parentesco, a la « kinship diplomacy » recordando que Lámpsaco y Marsella son comunidades hermanas, lo que contribuye a poner en valor el rol de intermediación de esta última¹⁰.

Como respuesta a los embajadores marselleses, generalmente, conocemos el agradecimiento escueto del Senado o su ofrecimiento de regalos¹¹. Pero, en términos de discurso podemos decir que los romanos tienden a formular *laudationes* sobre sus aliados, elogios que se centran primero en las comunidades cívicas propiamente dichas y que, en época imperial, se dedicaban también a toda una provincia, surgiendo las conocidas como *Laudes provinciarum*. Marsella tiene su propia *laus* entre los escritores latinos que ha de atribuirse fundamentalmente al reconocimiento de su papel de aliada de Roma y que contiene elementos adaptados a las características de Marsella, pero que no son exclusivos para la ciudad, ya que *laudes* semejantes pueden encontrarse, por ejemplo, para la provincia de Sicilia o para ciudades, también aliadas desde antiguo con los romanos, como la hispana Sagunto. El parámetro fundamental que suele regir ese tipo de discursos contiene tres elementos fundamentales que son la *dignitas*, *vetustas* y *utilitas* de la comunidad en cuestión.

La *dignitas* trata de recalcar en la medida de lo posible que la ciudad de Marsella es digna de admiración, en este caso, por haber conservado sus costumbres, su lengua y sus leyes en un entorno claramente hostil y bárbaro. Lo afirman sucesivamente Pomponio Mela (II, 4, 5), Cicerón (*Pro Flacco* 26, 63), Tito Livio (37, 54), Silio Itálico (*Pun.* VII, 169 ; 171-172) y Estrabón (IV, 1, 5). La admiración evidente por haber resistido a las influencias bárbaras tiene por objeto hacer resaltar la comunidad sobre su entorno y distinguirla claramente¹². Y, sobre todo, explicar las razones por las que los romanos están dispuestos a tener una relación privilegiada con una ciudad como Marsella. Destaca especialmente la afirmación de Tito Livio sobre el carácter no contaminado de la misma, *sincerum integrumque a contagione accolarum* (Livio 37, 54), en la que sobresale su « pureza » por así decirlo, una pureza que les ha permitido, de alguna manera, alejarse de una de las características fundamentales de la barbarie como es la *perfidia*. De alguna manera, la insistencia sobre el aislamiento de Marsella sirve a la idea de que el mantenimiento de la alianza y la *amicitia* con los romanos, está basada, como he dicho antes, en el hecho de que su aislamiento moral y cultural, y su fidelidad a las antiguas

⁸ D. ROMAN, 1990, p. 213-222.

⁹ P. FRISCH, *Die Inschriften von Lampsakos* n° 4.

¹⁰ F. BATTISTONI, 2010, p. 47-77.

¹¹ Cl. AULIARD, 2009, p. 63-73.

¹² S. COLLIN-BOUFFIER, 2009, p. 35-45.

costumbres y cultos, como afirma Silio Itálico, no les ha permitido « contaminarse » de esa característica específica de los pueblos bárbaros que es la falta de fiabilidad¹³.

En este caso, también podemos comparar los elogios dedicados a Marsella con los dedicados a Sicilia de la que se afirma que los sicilianos no son como los demás griegos, por su *patientia, uirtus y frugalitas*¹⁴. En ambos casos, se trata de superar su condición inicial, mejorándola, por un lado, la de los marselleses porque han conservado su identidad frente a los bárbaros y, por otro, la de los sicilianos, por acreditar unas virtudes que les diferencian del resto de los griegos.

La *vetustas*, se refiere a la antigüedad de la ciudad, lo cual es un valor en alza en todo discurso diplomático, que tiende a remitirse a los orígenes. Y, sobre todo, que se trata de un lugar donde se han conservado las antiguas costumbres, las tradiciones y las virtudes originales. En cierta manera, este recurso a la antigüedad de los marselleses tendría como función acercarlos a la comprensión de los romanos y, de alguna manera, compararlos con ellos, es decir, darles una identidad moral que pueda ser compartida con los romanos al margen del propio origen griego de la ciudad. Por eso también, principalmente en la obra de Cicerón, se buscan epítetos que « conmuevan » – *commoveré* – a los romanos para que sientan proximidad y cercanía con los marselleses. Esa identidad hace referencia, sobre todo, a una cierta « identidad política » común en lo que se refiere al mantenimiento de una constitución oligárquica, cuestión que corroboran Cicerón (*Pro Flacco* 26, 63), Estrabón (IV, 1, 5) y Valerio Máximo (II, 6, 7-9). Y forma parte, al mismo tiempo, de los argumentos que probablemente servían para acercar ambas ciudades en los discursos diplomáticos. A la antigüedad de la ciudad, su carácter no bárbaro y su fiabilidad, se añadía ahora el hecho de tener un sistema político afín. A ello se unía también el carácter conservador de las costumbres y la vigilancia de la moral pública, que volvía a servir, de alguna manera, de espejo de Roma. Vuelvo a insistir en que la *laus* de Marsella hace todo lo posible por buscar la afinidad entre marselleses y romanos, se busca el elogio en el parecido, en la forma en la que los marselleses pueden ser iguales a los romanos y en la medida en que ambos se asemejan, son mejor aceptados en la comunidad romana. Aceptación que es subsidiaria de la alianza política y diplomática existente entre ambas ciudades.

La *utilitas*, hace referencia, fundamentalmente en el caso marsellés, a su alianza con Roma, a la fidelidad a la misma y a su antigüedad. El tópos de la *amicitia* marsellesa ha sido el más resistente incluso cuando Marsella pasa de ser *fidelis* a *capta* al desfilar como una ciudad vencida durante el triunfo de Julio César. Desde Cicerón (*Pro Fonteio* V, 13 ; XV, 34. *Pro Balbo* IX, 23) hasta Amiano Marcelino (XV, 11, 14) y Orosio (*Adv. Pag.* V,15), la mayor parte de los autores latinos recuerdan la *amicitia* de Marsella con Roma, que era también, probablemente, el argumento sobre el que se basaba la relación diplomática entre ambas ciudades, los servicios prestados. En este caso, la admiración por la continuidad de esa alianza y por la ayuda facilitada a Roma es un elemento que comparte con el elogio de otros enclaves como es, nuevamente, en el caso de Sicilia, en donde Cicerón recurre al mismo argumento para señalar la antigüedad de la *amicitia* entre sicilianos y romanos. La mención continua a la *amicitia* y a la *fides* de los marselleses en las fuentes literarias se produce porque es el elemento fundamental sobre el que giran las relaciones entre Marsella y Roma, presente en los discursos de los embajadores marselleses que buscan que los representantes romanos atiendan sus peticiones, bien sean de auxilio o de justicia.

En definitiva, las *laudes* dedicadas a Marsella se centran en la antigüedad de la ciudad y en su servicio al Estado romano, características necesarias para una próspera relación entre ambas comunidades¹⁵.

¹³ M. MEULDER, 2004, p. 11-32.

¹⁴ A. VASALY, 1993, p. 156-190.

¹⁵ C. AMPOLO, 1970, p. 200-210.

Marsella durante el Principado

Las fuentes de que disponemos para la época imperial nos hablan en principio de una *Massilia capta*, es decir, de una Marsella vencida, que se opone, de alguna manera a la Marsella *fidelis* de la época medio-republicana. La participación de la ciudad en el desfile triunfal de Julio César en el que podían escucharse los lamentos por la antigua aliada supuso un punto de inflexión en el discurso habitual sobre la fiel aliada. E inauguraba una nueva situación que se va a ver reflejada de alguna manera en la historiografía que conservamos. La novedad no consistía más que en la inserción plena de la ciudad en el nuevo régimen político comenzado por Augusto y que, de alguna manera, debía redefinir las antiguas relaciones de la ciudad con Roma.

A partir de esta época, las fuentes a nuestra disposición recuerdan mayoritariamente los acontecimientos de la época republicana insistiendo, como ya he señalado con anterioridad, en la relación de alianza y de *amicitia* de la ciudad con Roma durante las guerras críticas que esta hubo de afrontar. Resulta notable que el recuerdo permanente de la fidelidad de la ciudad y su pasado republicano de alianza sea el rasgo principal de los relatos históricos sobre ella en época imperial. Evidentemente, se trataba de superar la imagen de la Marsella *capta* post-republicana recordando los servicios prestados en los orígenes de la relación con Roma, unos orígenes que debían estar marcados por un sesgo lo más positivo posible¹⁶.

Por lo que se refiere a la historia a partir del siglo I d.C., la historiografía greco-latina refleja el nuevo papel de Marsella, inmersa en el entramado institucional romano, en el que ya no interesan los servicios prestados en términos de ayuda militar o intermediación, sino el nuevo rol cultural atribuido a la ciudad, con la presencia de una élite de intelectuales y de profesionales de prestigio en diversos ámbitos, destacando especialmente la medicina. Por eso, el interés de las fuentes literarias e historiográficas por la historia de Marsella decae notablemente para resaltar su utilidad en otros ámbitos. Esta nueva situación socio-política se refleja igualmente también en el auge de la epigrafía y el aumento de la presencia de inscripciones que nos muestran una ciudad integrada en las prácticas administrativas, sociales y religiosas habituales de las ciudades romanas, aunque conservando algunos rasgos específicos de su identidad griega original¹⁷. Pero, en definitiva, la decadencia de las noticias relevantes de carácter político sobre Marsella en época imperial así como el aumento de la presencia epigráfica revelan el nuevo papel asumido por la ciudad, que será similar al de cualquier comunidad romana de la época.

Sin embargo, aún podemos encontrar alguna interesante noticia referida a *legationes* procedentes de la ciudad de Marsella que continúan enviando representantes a Roma, sin duda, retomando la antigua relación diplomática entre Marsella y Roma, pero intentando superar la imagen negativa dejada por el sitio de Julio César y buscando adaptarse a la nueva situación política inaugurada por el Principado julio-claudio. En mi opinión, todo ello resulta un ejemplo muy notable de la integración de la ciudad en el sistema administrativo romano.

En términos generales, podemos decir que dado que las embajadas forman parte de un proceso de autorrepresentación de la comunidad, su tipología responde inmediatamente al nuevo papel que le es adjudicado al territorio marsellés en el entramado imperial romano, tanto desde el punto de vista administrativo como ideológico. De este modo, entre los siglos I-II d.C. se desarrolla una política de comunicación en la que aparecen, por un lado, inequívocamente, el *princeps*, y por otro, los representantes de las correspondientes comunidades cívicas o provinciales. El primero, el *princeps*, es el principal receptor de las *legationes*, aunque hay que señalar que también se envían embajadas al gobernador provincial, al cual se utiliza como intermediario desde Roma para aligerar las tareas diplomáticas asumidas por el emperador. Además, hay que recordar que, en este momento, las *legationes* no tienen como objetivo

¹⁶ K. LOMAS, 2004.

¹⁷ J. GASCOU, 2000, p. 15-23.

concreto la propia *Urbs* ni el Senado, sino la figura del *princeps*, con lo cual deben desplazarse allí donde este se encuentre¹⁸.

Frente o ante el *princeps*, tenemos a los *legati* marselleses. Ambas partes, en el momento de la actividad diplomática, se sumergen en una dinámica de doble dirección, por un lado, los embajadores deben mostrar lealtad al emperador, pero su loa no es desinteresada, puesto que necesitan aprovechar el viaje para, además, conseguir beneficios y ventajas para su comunidad. En definitiva, se trata de un juego de reafirmación de posiciones que se manifiesta, por un lado, en las alabanzas de los *legati* y, por otro, en la demostración de la generosidad, la *indulgentia*, del *princeps*.

En el caso de Marsella, en este nuevo escenario, es probable que se enviara más de una *legatio* y que estas buscaran poner el acento en las muestras de lealtad de la ciudad a Roma, pero sobre todo, al *princeps*. Sin embargo, una vez superado el requisito previo de reconocimiento de su poder, las necesidades de la gestión se imponen, por lo que la mayor parte de las *legationes* tanto las marsellesas como las demás, se dedican a cuestiones relativas a la actividad municipal y provincial. También, debido a las características propias de la gestión, pasan a cobrar un mayor interés los temas centrados en la justicia, lo que viene a reafirmar, una vez más, la relación especial entre esta y la actividad diplomática, que constituye una de las principales peculiaridades de la cultura política romana. De hecho, en muchas ciudades helenísticas, los espacios de las audiencias judiciales y de la recepción diplomática suelen ser los mismos, aunque carecemos de datos específicos para el caso marsellés.

De las escuetas noticias que conservamos sobre una *legatio* procedente de Marsella (Tac. *Ann.* IV, 43) es posible deducir algunos datos sobre las características y el contenido de la interlocución de la misma con el emperador. Parece claro que las embajadas no pronunciaban únicamente mensajes honoríficos, puesto que es probable, por la misma naturaleza de la comunicación política, que estas *legationes* municipales aprovecharan para pedir ventajas con respecto a la situación de su comunidad de origen. Lógicamente, las embajadas debían amortizar el coste del largo viaje para lo cual, probablemente, combinaban la necesidad de agradar al príncipe con la consecución de ventajas para la posición de dicha comunidad en el entramado del imperio.

Sin embargo, a tenor de lo que sabemos en el caso de la *legatio* de Marsella, que sólo da constancia de las acciones y su resultado, no resulta fácil saber cómo se manifestaría este mensaje, es decir, cuál era la articulación del discurso, y sobre todo, dónde residía su fuerza persuasiva. Podemos suponer que contendría o bien una rápida resolución o remitiría a los *legati* a una respuesta posterior. Sobre la puesta en escena de la recepción diplomática carecemos de datos precisos, aunque Menandro (Men. Rhe. 422-424) dice que durante la audiencia, el embajador debía leer ante el emperador su discurso y el decreto de su ciudad sobre el motivo de la *legatio*. Sin embargo, debemos tener en cuenta que, a menudo, la brevedad de las audiencias concedidas por el emperador exigía concentrar los esfuerzos de persuasión y evitar largas peroratas. A pesar de ello, parece razonable pensar que los *legati* dedicaban tiempo a sus discursos y, de la misma manera, podemos suponer que la respuesta del *princeps* buscaría adecuarse a la situación.

De la noticia que Tácito (*Ann.* IV, 43) nos aporta sobre la *legatio* de Marsella es posible deducir algunos datos sobre las características y el contenido de la interlocución de la misma con el emperador. En dicho texto, el autor narra cómo embajadas de los lacedemonios y los mesenios se presentan ante Tiberio para reclamar los derechos sobre el templo de Diana Limnátide. A continuación habla también el historiador de una embajada de los segestanos pidiendo la restauración del templo de Venus Ericina. Y finalmente, Tácito se refiere unas

¹⁸ E. TORREGARAY, 2013, p. 309-312.

peticiones de los marseleses, de lo que podemos deducir la existencia de una *legatio* (o de una carta diplomática) que trata sobre una cuestión jurídica, de derechos de ciudadanía y herencias.

En las líneas siguientes, el historiador resume el argumentario que utilizan dichas embajadas para convencer al *princeps* y vemos cómo en el caso de los segestanos dice que estos realizaron « alusiones gratas » a Tiberio tales como la invocación de antiguas creencias, los servicios prestados al pueblo romano, los beneficios concedidos por los romanos, los tratados con los aliados, los decretos de antiguos reyes y el culto a los dioses. Sabemos que la motivación principal de estas *legationes* se centraba en asuntos religiosos y jurisdiccionales que se entremezclan a lo largo del discurso de los *legati* y que la controversia, según el relato que Tácito nos transmite, gira en torno a los derechos sobre el templo. Las noticias del historiador, aunque escuetas, nos permiten intuir sobre qué premisas estarían basados los discursos originales de los embajadores griegos para, después, poder establecer una comparación con el caso de Marsella. Por ejemplo, los lacedemonios reclaman la legitimidad de sus derechos recurriendo a la historia y a sus relaciones con los conquistadores de la zona desde Filipo hasta Marco Antonio. La apelación a la historia se acredita con la mención a inscripciones y bronce grabados, así como a relatos de poetas y testimonios históricos. Es decir, se acompañan las reclamaciones con pruebas. Los mesenios, por su parte, mezclan mito e historia con naturalidad, ya que la mitología sirve, sobre todo, para ratificar la antigüedad de los privilegios y el recurso a la historia, para acreditar su sostenimiento en el tiempo. En cierto modo, aúnan historia local y universal, tal y como era un rasgo típico de la diplomacia griega y recurren con naturalidad al tópico de la sucesión de los imperios.

El caso de Segesta es todavía más revelador puesto que, a pesar de que la referencia de Tácito es escueta, nos proporciona dos claves fundamentales del discurso diplomático, primero que era habitual hacer referencia a los orígenes y, en segundo lugar se busca agradar los oídos del príncipe, probablemente haciendo referencia a las posibles relaciones entre la ciudad y Tiberio, que es el destinatario de estas *legationes*, a través de menciones más o menos retóricas a la diosa Venus, divina antecesora de la *gens Iulia*.

Por último, el texto de la embajada marsellesa nos remite a una cuestión jurídica, pero como en el caso de las anteriores que buscaban antecedentes históricos o míticos para legitimar sus peticiones, en el caso de la *legatio* marsellesa se afirma que se dio por bueno el precedente de Publio Rutilio, un exiliado a quien Esmirna había concedido la ciudadanía, para validar el derecho de Vulcacio Mosco, otro exiliado acogido en Marsella, a legar sus bienes a la ciudad.

El relato de Tácito nos pone ante una evidente relectura o reinterpretación de la antigua *fides* de Marsella, que ahora, debe demostrar más que ante Roma y el Senado, ante el *princeps* que la representa. Esta nueva lealtad va a poder manifestarse a través de la acogida de exiliados políticamente relevantes en Marsella, puesto que sabemos que la ciudad, se convirtió a comienzos del Principado en una ciudad de exiliados imperiales. De esta manera, Marsella tuvo la oportunidad de servir a Roma de otra manera y, sobre todo de ser útil al emperador acogiendo en Marsella a aquellos que habían sido sospechosos de poner en peligro al *princeps*, a la institución imperial y, en definitiva, al estado. Es una nueva forma de actualizar el sentido de la antigua *fides* republicana. Tácito sugiere también la benevolencia de Tiberio hacia la ciudad, con la que su familia había tejido lazos. Debemos recordar que su padre, Tiberio Druso Nerón fue el encargado de ejecutar la voluntad de César sobre la ciudad, por lo que es posible que los marseleses trataran de sacar provecho de esta relación, mencionándola en sus intercambios diplomáticos con Roma.

Finalmente, el hecho de que la buena disposición de Roma hacia la ciudad sea recogida por el historiador latino nos hace pensar en una posible renovación de la tradición de lealtad de la ciudad, pero, esta vez de su fidelidad hacia el *princeps*. Esta actualización de la relación, así como el « perdón » otorgado por el emperador pueden apoyarse en el hecho de que Tácito nos revela también que las murallas de la ciudad fueron reconstruidas, probablemente con el

permiso imperial, después de haber sido derribadas por Julio César. Dichas murallas estaban todavía en pie en el siglo III d.C., a comienzos del período tardoimperial.

Marsella durante la Antigüedad Tardía

Tampoco sabemos mucho sobre Marsella a partir de la Antigüedad Tardía, en realidad, nada conocemos sobre el partido tomado por la ciudad durante las graves crisis del siglo III d.C., especialmente en la época del denominado « imperio de las Galias »¹⁹.

Con respecto a este período son dos los hechos relevantes que, en mi opinión, merecen la pena ser destacados y, sobre todo, dos relatos que resultan de especial interés para la historia de la Marsella republicana. Ambos sirven para reafirmar que las imágenes elaboradas en torno a la ciudad en aquella época continuaron utilizándose y siguieron siendo válidas durante la Antigüedad Tardía.

El primero de los mencionados relatos es el de la descripción del asedio de Marsella por parte de Constantino, que conocemos gracias a la obra de Eumenes. Resulta innegable que este último, en su calidad de panegirista, tuvo la voluntad de acercar retóricamente la narración del sitio protagonizado por Constantino con el de Julio César. Y, es que me gustaría subrayar que, en el panegírico, lo menos importante es el asedio de Marsella en sí. Lo que Eumenes (*Paneg.* VI, 19, 3) busca, en realidad, es realzar la figura de Julio César como salvador de Roma y, de alguna manera, « fundador » de un nuevo régimen político y ponerla en relación con la de Constantino, a quien pretende atribuir igualmente el papel de salvador y refundador del Imperio romano. La ciudad de Marsella, en este caso, no sería más que el escenario necesario para esta evocación y no una protagonista real.

El segundo relato procede de un interesantísimo texto de Agatías (I, 2), el historiador griego del siglo VI d.C., que habla de una Marsella definitivamente bárbara en el siglo V d.C., puesto que la ciudad, según él mismo afirma, no era ya ni griega ni romana. Agatías habla de una Marsella *capta* que no ha podido resistir, como si lo hizo en época republicana, a la influencia de los bárbaros. En realidad, el historiador griego lo que pone en evidencia es la *utilitas* de la ciudad a lo largo de los siglos de dominio romano y, sobre todo, nos enseña que las identidades políticas tradicionales en el Mediterráneo han cambiado y que la ciudad de Marsella, como siempre, ha buscado adaptarse a una nueva situación política que tampoco es ya ni griega ni romana.

En definitiva, como conclusión, debo decir que si tenemos que resumir la historia de la Marsella romana habría que insistir, principalmente, más que en su papel como aliada de Roma, lo cual es un punto de vista estrictamente romano, en su capacidad de adaptación y resistencia. Es de esto de lo que habla Agatías cuando « barbariza » definitivamente a Marsella, de la incontestable vocación de supervivencia de la ciudad.

¹⁹ S.T. LOSEBY, 1992, p. 165-170.

Bibliografia

J.M. ALONSO-NÚÑEZ (1992), « Trogue-Pompée et Massalia (Justin, *Epitoma* XLIII,3,4-LXIII5, 10) », *Latomus* 53, p. 110-117.

C. AMPOLO (1970), « L'Artemide di Marsiglia e la Diana dell'Aventino », *PP* 25, p. 200-210.

Cl. AULIARD (2009), « Cadeaux et marchandages diplomatiques à Rome jusqu'au début de la conquête méditerranéenne », *Veleia* 26, p. 63-73.

M. BATS (1990), « Marseille et Rome des Tarquins à César », *Dossiers d'Archeologie* 154, p. 80-83.

F. BATTISTONI (2010), *Parenti dei romani : mito troiano e diplomazia*, Bari, Edipuglia.

R. BUONO-CORE (1991), « Roma, Marsella y el Mediterráneo occidental », *VI Semana de Estudios Romanos* 1989-90, p. 21-34.

F. CANALI DE ROSSI (1997), *Le ambascerie dal mondo greco a Roma in età repubblicana*, Rome, Istituto italiano per la storia antica.

M. CLERC (1971), *Massalia. Histoire de Marseille dans l'Antiquité des origines à la fin de l'empire romain d'Occident. (476 apr. J.-C.)*, Marseille, Laffite.

Collin-Bouffier, Sophie (2009), « Marseille et la Gaule méditerranéenne avant la conquête romaine », *Pallas* 80, p. 25-60.

N.J. DE WITT (1940), « Massilia and Rome », *TAPhA* 71, p. 605-615.

J. GASCOU (2000), « Révisions d'inscriptions de Marseille », *RAN* 33, p. 15-23.

C. GODINEAU (1983), « Marseille, Rome and the Gaul from the third to the first century B.C. », *Trade in the ancient economy*, Berkeley, University of California Press, p. 76-88.

Cl. GUYOT-ROUGEMONT, G. ROUGEMONT (1992), « Marseille Antique : les textes littéraires grecs et latins », in M. BATS, B. BERTUCCHI, C. CONGES, H. TREZINY (éd.), *Marseille grecque et la Gaule. Études Massaliètes* 3, Aix-en-Provence, p. 45-50.

A. HESNARD, M. PASQUALINI (1993), « Ports et navires romain de Marseille », *Archéologia* 290, p. 32-33.

K. LOMAS (2004), « Hellenism, Romanization and cultural identity in Massalia », *Greek identity in the Western Mediterranean: Papers in honor of Brian Shefton*, Leiden, p. 475-498.

S.T. LOSEBY (1992), « Marseille : A late Antique success Story? », *JRS* 82, p. 165-185.

M. MEULDER (2004), « La prise de Marseille par les Ségobriges : un échec », *DHA* 30, 1, p. 11-32.

G. NENCI (1958), « Le relazioni con Marsiglia nella politica estera romana (dalle origine alla prima guerra púnica) », *Rivista di Studi Liguri* 24, p. 24-97.

D. ROMAN (1990), « Marseille et la *fides* de Rome », *RAN* 23, p. 213-222.

E. TORREGARAY (2011), « En torno a la diplomacia como una forma de interacción en el occidente romano : un estado de la cuestión », *De fronteras a provincias : interacción e integración en Occidente (ss. III-I a.C.)*, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, p. 15-30.

E. TORREGARAY (2013), « *Legationes cívicas* y provinciales : la comunicación política entre Hispania y Roma en época imperial », *Magistrados locales de Hispania : aspectos históricos, jurídicos, lingüísticos*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del país Vasco, p. 309-332.

A. VASALY (1993), *Representations : Images of the World in Ciceronian Oratory*, Berkeley, University of California Press.